



LA HOJUA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.

PEDRO MATA
Las de Valbanera.

JOSÉ FRANCÉS
Bajo el sol de Julio.

FERNANDO FRANCO
Coplitas.

FÉLIX RECIO
El gran camino.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA
Ex-voto.

FERNANDO AMADO
Milagro milagroso..

JULIO MATA
Bromitas con la muerte.

MANUEL MONTERREY
Ideal.

JACINTO CARMÍN
Cásate y verás...

TOVAR, MANCHON, DEMETRIO,
ALFONSO y ENRIQUE

Caricaturas y retrato de Rosario
Soler y otros dibujos.



ROSARIO SOLER

Que retorna á Madrid, dispuesta á demostrar que tiene
más «correa» y vale más que las que la disputan algo..
¡Allá veremos!

5 cénts.

LAS DE VALBANERA



RAN tres hermanas. Pepita, la mayor, se casó con un magistrado; la más pequeña, Carmen, con un capitán de Artillería, y Lola, la mediana, que era la más bonita, se quedó soltera. Chismes provincianos relataban una historia romántica, una historia intensa de amor, interrumpida bruscamente como si una mano hubiera desgarrado una hoja. Había estado muchos años en relaciones con un ingeniero de Caminos. Un día, de pronto, cuando parecían más enamorados que nunca, riñeron de la noche á la mañana; el ingeniero pidió el traslado á otra provincia, y no se volvió á saber una palabra de él.

Fuese cual fuese la causa efectiva de esta ruptura inesperada, el desengaño dejó en el corazón de Lola Valbanera una huella muy honda. Ella que siempre había sido reidora y alegre se tornó poco á poco pensativa y huraña, arisca, insociable, y acabó como la mayoría de las solteronas sentimentales, por buscar refugio en los consuelos de la religión. Fué muy devota; pero exquisita siempre en sus aficiones y en sus gustos, tuvo el acierto de no hacerse beata. Jamás transigió con la mogigatería de sacristías adentro ni entró nunca por las puertas de su casa un hábito talar. Conviene advertirlo para evitar suspicacias de maliciosos. Solterita, soltera y solterona, Lola Valbanera fué siempre un dechado de moralidad.

Desde que Carmen, la pequeña, se había marchado á Madrid con su marido—Pepita se había ido mucho antes á Barcelona con el suyo—Lola vivía completamente sola en un hotel muy lindo en las afueras de la capital, sin más servidumbre que el jardinero, la cocinera y la doncella. Salía muy poco y apenas se trataba con nadie. Sus relaciones, femeninas todas, no pasaban de dos ó tres amigas de la infancia.

El regreso imprevisto de Pepita al quedarse viuda, estuvo á punto de torcer la corriente apacible de esta vida. Al saber que llegaba desconsolada y sola—los dos únicos hijos que tuviera de su matrimonio se le murieron chiquitines—, el primer impulso de Lola fué irse á vivir con ella. Pero bastó la primera entrevista para darse cuenta en el acto de los peligros de esta convivencia. Pepita venía totalmente transformada, pintada, retocada, teñida de rubio, estrepitosa y llamativa. Y lo más doloroso fué que esta transformación no

era sólo exterior; por dentro venía aún más cambiada; deplorablemente cambiada.

Pepita, por su parte, no parecía tampoco muy propicia á vivir con su hermana. Convinieron, pues, de mútuo acuerdo, establecer desde luego una absoluta independendencia.

Pronto la murmuración provinciana trajo



—¿Ha visto usted que catástrofe tan terrible esa de Bermeo?

—¡Espantosa! Yo sólo pido á Dios que me deje morir como he vivido.

—Ah, vamos, usted quiere vivir desnuda.

á los oídos de Lola el rumor escandaloso de los devaneos de su hermana. Al principio no les concedió crédito; pero como cada vez eran más persistentes, al fin se creyó en el deber de llamarla á capítulo. Pepita no la dejó hablar. Con un cinismo, del cual no la hubiera creído capaz nunca, se echó á reir y la dijo:

—Mira, hijita, como tú no has querido nunca, ó mejor dicho, no has querido como

se debe de querer, no sabes una palabra de estas cosas. En el mundo no hay más que una cosa verdadera y grande: el amor. Las únicas horas agradables de la vida son las que se dedican á querer. Todo lo demás es tiempo perdido.

Lola no la contestó nada, pero se quedó muy pensativa, y desde aquel día enfrió cada



—¿Al fin te conglomeraste con Pacho, el aguador?

—A la vista está.

—Entonces ya sé lo que tienes... ¡Dropesía!

vez más las relaciones con su hermana. Concluyeron por no tratarse más que lo imprescindible necesario.

Un día, Lola recibió una carta de Carmen, que la crispó los nervios. La carta, muy breve, limitábase á decir:

“Te mando á Ricardito para que me hagas el favor de tenerle unos meses á tu lado. Está un poco malucho, y el médico dice que

necesita vida de campo. Te le envío á ti porque, dicho sea entre nosotras, Pepita no me inspira la menor confianza.”

Lola se indignó. Por lo visto, sus hermanas se habían propuesto amargarla la vida. No, pues lo que es en este punto no transigía. Ella no cargaba con el muñeco. Un chiquillo enfermo, lleno seguramente de mimos y resabios, un crío que se le podía morir cualquier día... ¡Cál!... ¡De ninguna manera! Los hijos, para sus padres.

Pero he aquí que al día siguiente se presentó el muñeco. Y el muñeco era un muchacho de diecisiete años, alto, fino, delgado, con una cara angelical de niña y unos ojos azules de bebé; un muchacho alegre, parlanchín, francote y expresivo. Tía Lola se quedó asombrada; mas como estaba todavía en plena indignación, le recibió muy secamente.

—No puedes estar aquí; es imposible. Esta casa no tiene condiciones; es muy chica; no tengo habitación ni cama. Es preciso que te vayas con tu tía Pepita.

El muchacho protestó:

—No; con tía Pepita, no. Tía Pepita es una vieja loca. Yo no puedo estar más que contigo. Si tú no me quieres, me volverá á Madrid.

Al verle tan humilde, tía Lola se apiadó y comenzó á aplacarse.

—Pero, hijo de mi vida, ya ves tú... yo qué más quisiera... Si tu madre siquiera me lo hubiera advertido con tiempo... Pero así, de sopetón. Ahí va... Además, yo no veo que estés enfermo como dicen.

El se echó á reír.

—Yo, enfermo... ¡Ja... ja... ja...!

—¿Cómo? ¿No estás enfermo? Entonces, ¿por qué vienes?

—Mira, si me prometes no decírselo á mamá, te lo contaré todo. Y con voz parlanchina y alegre, musical como un arroyo saltarino, se lo contó, en efecto.

Estaba en relaciones con una mujer casada. El marido se enteró y juró matarle. Mamá se había asustado y muerto de miedo, no encontró otra solución que meterse en el tren. Tía Lola no salía de su asombro.

—¡Tú!... ¡tú!

El, sin oír, la exponía la corriente impetuosa de su charla, poniendo en el relato un acento de pasión y de pureza que desconcertaban á la pobre tía. Y su desconcierto subió de punto, cuando el chico, cogiéndola las manos en un arrebató de seguro inconsciente, la dijo clavándola en el alma los ojos azules:

—¡Si vieras qué hermosa era! Era tan hermosa, casi tan hermosa como tú.

Tía Lola sintió que la daba un mareo.
 —Niño, por Dios... qué cosas dices..
 Y él, entonces, con una naturalidad completamente ingenua:
 —La verdad, tía Lola, la verdad... ¿Tú te has mirado por ventura al espejo?... ¡Si eres divinamente bonita!
 Tía Lola se puso en pie toda nerviosa.
 —¡No seas locol... ¡No seas loco, Ricardo!..
 —¿Te vas?
 —Voy á decir que preparen tu habitación.
 —¡Ah! ¿Me quedo aquí?
 —Si tú quieres...
 —Pero ¿no decías que no había cama?
 —Ya nos arreglaremos.

Pedro Mata.



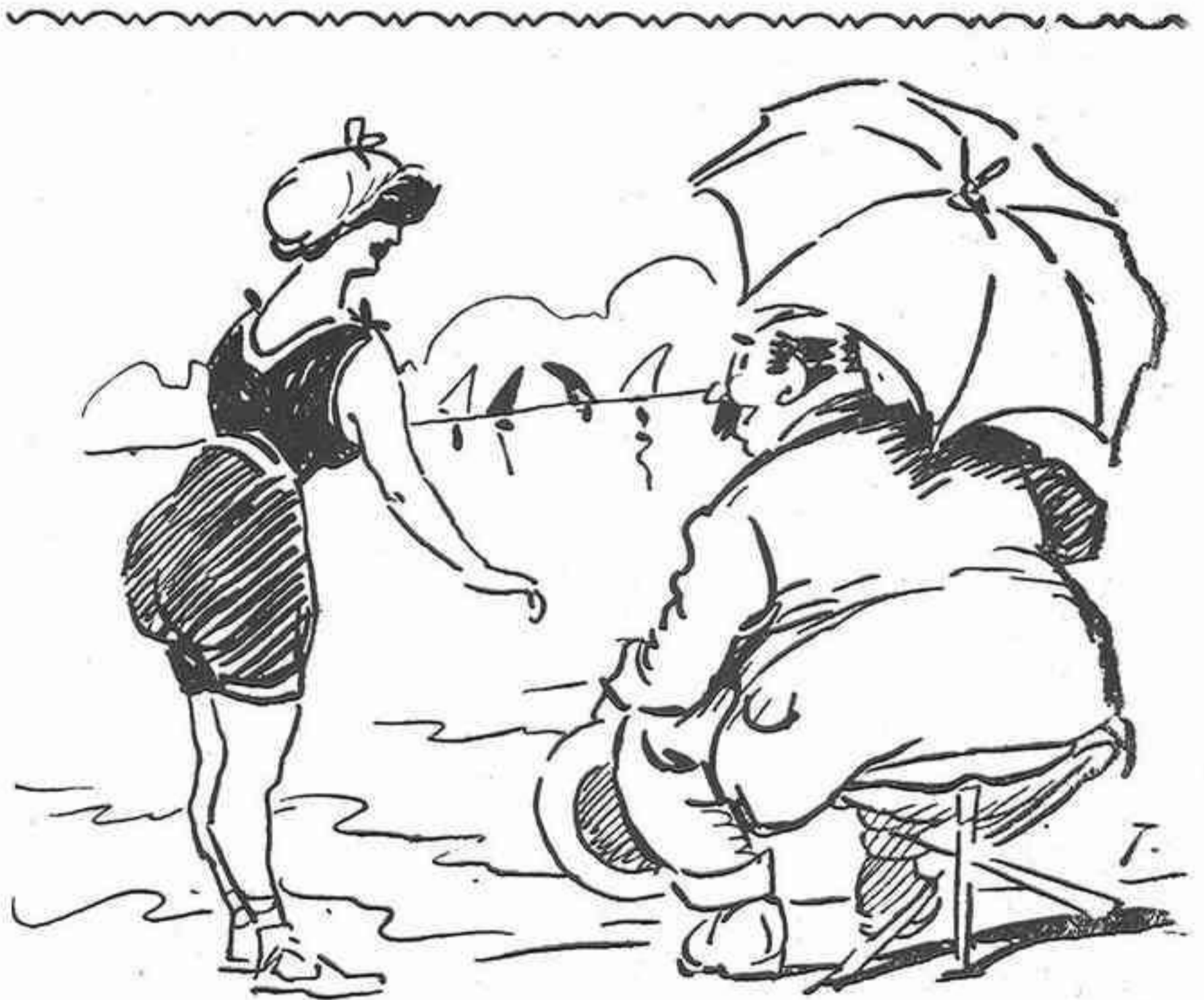
SUCEDIDOS

INDUDABLEMENTE, el amor corre parejas con el hambre en eso de apurar el ingenio de los más obtusos. Una morenita, de cintura bastante más airosa y sugestiva que la clásica palmera de nuestros más insoportables líricos, posee un perro del tamaño de un puño, una verdadera monada á quien quiere tanto como á las niñas de sus ojos, un par de criaturas bellísimas, arrebatadoras.

Hace pocos días desapareció el perrito, el dulce Miní, y nuestra dama inundó los periódicos de anuncios ofreciendo una crecida gratificación al que lo reintegrase al hogar doméstico. En efecto, á las veinticuatro horas de haberse advertido la fuga del animalito y á los dos ó tres de haberse tenido conocimiento de ello por la Prensa, compareció en casa de Matilde Z. un elegante *sportman*, llevando en brazos á Mimí.

La morenita rompió en demostraciones de

entusiasmo y abrió el bolsillo para dar la gratificación ofrecida; pero el *sportman* la detuvo con un gesto. No era eso lo que deseaba, sino, casi nada, un beso. Matilde se ruborizó un poco; mas no teniendo otro remedio que gratificar de algún modo la devolución del perrito, ofreció sus frescos labios al caballero, y aún se asegura que llevó más lejos sus ofrecimientos y su generosidad.



—Tenga usted cuidado con los pulpos, que los hay y grandes por la playa.

—Cá; conmigo no se meten, me tratan familiarmente.

El *sportman* estaba enamorado de Matilde, y no contando con recursos bastantes para rendirla á fuerza de dádivas, sobornó á una doncella y robó el perrito.

Finis coronat opus.

LEA USTED EL JUEVES

¡REDENCION!...

NOVELA DE AMOR POR

JOAQUÍN DICENTA

BAJO EL SOL DE JULIO

CARTAS DE MUJERES

DE TRINI MENDOZA Á KATTY SONSIERRA

E escribo, chiquita, con los ojos todavía "llenos del oro luminoso de las eras," como diría tu poeta. Estoy en una de las salas del piso bajo, que tiene un sabor á aldea que espanta: el techo envigado, las paredes blancas y las puertas pintadas con



El paleta.—¡Miá que bien les vendría en mi pueblo pa la parva!

añil. ¡Tengo un calor, hija! Me he quitado el corsé, y de vez en cuando le doy pellizquitos á la ropa porque se me pega al cuerpo empapado en sudor.

Alberto ronca cerca de mí. Al pobre lo he fastidiado la siesta. Figúrate que se me antojó salir al campo á pleno sol para ver segar.

Bueno; hacía una tarde como para morir de insolación, y si no fuera por lo que sudaban los pobrecillos segadores ganándole el dinero á Alberto, me hubiera dado lástima de ver cómo sudaba Alberto.

Pero lo que más me conmovió esta tarde

no era el sufrimiento de los segadores, sino lo recios, lo fuertes, lo verdaderamente machos que son. Cuando se viene de la ciudad, donde todos los hombres parecen enfermos ó raquíticos, da gusto ver á estos hombres del campo, tan sanos, tan viriles que no le tienen miedo al sol ni á la fatiga. Alberto se echó á reír viendo mi entusiasmo.

—¡Delicioso, Trini, delicioso! Ahora una apología al sudor y á la mugre; tres toquecitos sentimentales á mamá Naturaleza, otro poquito de "Marsellesa," y ya hemos salvado la patria.

Mira, mujer: me indigné y le llamé estúpido. Entonces entablamos el siguiente diálogo que, palabra más ó palabra menos, te copio á continuación:

El.—Muchas gracias, nena. Yo no tengo la culpa de no haber nacido gañán, que, por lo visto, son los inteligentes.

Yo.—No; si precisamente ahí está su mérito y su valor, en no ser inteligentes. Por algo le llaman inteligente al perro, que es el bicho más cobarde y más ruin que conozco.

El.—¿El perro?

Yo.—Sí, señor; el perro, que lame la mano que le pega.

El.—Hija mía, yo conozco un viejo senador que hace una cosa parecida.

Yo.—Y tú también, á pesar de que no eres senador ni viejo...

Pero no se trata ahora de eso, sino de que el hombre sin inteligencia, el casi animal, es impulsivo; ama y odia con todo su corazón y toda su carne. No piensa en el mal ni en el bien. Es incapaz de perdonar, y cuando le hace falta una cosa y se la niegan, la coge.

El.—¡Caramba! ¿Sabes que me tiemblan las carnes? A ver, á ver, ¿son dos bombas eso que tienes ahí?

Le rechacé de un manotón, avergonzada y humillada de que delante de todos aquellos hombres quisiera demostrar que yo le pertenecía. Este era uno de los motivos. El otro... el otro lo adivinó en seguida Alberto porque me dijo:

—¡Vaya! ¿A que te has enamorado de un segador? No; pues lo que es uno de ellos, ese rubio, sí que te mira de un modo...

Yo.—¡Ah! ¿Lo has notado tú también?

El.—Ya lo creo. Y estoy á punto de darle un puntapié.

Yo.—Harás mal. Tiene la hoz en la mano y correría peligro tu cuello. Ya sabes que un animal en celo es siempre temible...

Se encogió de hombros y me apartó de las^{er}as.

Te advierto que no le mentí. Toñón—el segador rubio se llama Toñón—desde que me vió parecía una bestia encelada. Únicamente el convencimiento de su esclavitud ha podido contenerle; pero delante de mí sentía una lujuria espantosa, de sátiro. Tenía los ojos inyectados, la boca jadeante, las aletas de la nariz muy abiertas, las venas del cuello parecía que se le iban á romper de tirantes, y un momento en que soltó la hoz se le quedaron los dedos encogidos como garras. Si llegamos á estar solos, creo que ese hombre hubiera saltado sobre mí para violarme.

Y—te hablo con la sinceridad de siempre—hubo un momento en que casi lo hubiera deseado, aunque luego tuviese que tomar tres baños seguidos para quitarme su olor de bestia. En el placer que recibimos de los hombres hay siempre un ansia de dolor, de sacrificio, de que nos demuestren bárbaramente que son los más fuertes.

Pero ya en casa me tranquilicé y mé conformé con el pobre Alberto con sus cuarenta años y su aplanamiento por el calor de esta tarde.

Adiós, chiquita, un beso de tu invariable

TRINI.

P. D. ¡Horrible, querida Katty, horrible Cuado ya había cerrado esta carta, entró Benita la criada dando gritos y levantando los brazos al cielo.

Alberto se despertó asustado. Yo la pregunté llena de asombro:

—¿Qué pasa, mujer? ¡Habla! ¡Di!

—¡Ay, señora, qué bárbaro! ¡Qué ladrón de hombre!

—¿Pero quién, mujer?

—Ése; el segador Toñón. ¿Pues no ha cogido el muy bárbaro á una mocita y la ha deshonrado á la fuerza, aún no hace una hora en medio del campo? ¡La ha destrozado á la pobrecita! Está como muerta. ¡Qué des-

gracia, señor, qué desgracia! Debían quemar á ese bandido...

Me quedé fría, estremecida de angustia y de orgullo. Si aquella tarde yo no hubiese ido con mi traje blanco y mi sombrilla roja á ver segar, Toñón no hubiera cometido el erimen que le valdrá unos cuantos años de cárcel.

José Francés.



—¿Serías capaz de echar un pulso con este hombre?

—¿De echar qué?

—Un pulso.

—¡Ah!

COPLITAS

¿Qué tendrá que ver con Pepe la encantadora Dolores, que se pone colorada cuando pronuncia su nombre?

*

Es muy aplicada Elena, estudia con mucho afán y hará pronto la carrera.

Fernando Frascó.

EL GRAN CAMINO...

HE aquí un cuento que yo me permito brindar á las doncellas... de servicio para que abran los ojos, por si de algo puede valerlas.

Pues señor: érase una vez un caballero que vivía retirado en una su hacienda, propiedad campestre á la cual

se veía libre de todo tapujo: la garganta, por ejemplo, blanca y graciosa.

El caballero, á pesar de su retraimiento, empezó á fijarse en los enumerados encantos y á hacer mentales suposiciones sobre el resto de la persona de Maruja, y una vez se sentó cerca de ella en la cocina y se puso á referirle trágicas historias de mar, capaces de poner los pelos de punta á un calvo. Luego, viendo que la doncella se asustaba, la tranquilizó con palabritas suaves y cariñosas que le sirvieron de pretexto para cogerle las manos y aproximarse á ella un tanto amorosamente.

Maruja se echó á reir, y en vista de que el caballero le cogía una mano, le entregó la otra, y cuando juzgó que con esto no tendría



El padre.—¡Sinvergüenza! ¿De dónde ha sacado usted esta fotografía con una postura tan difícil?



El conquistador.—¡Qué ricas! Parecen ustedes dos cogollitos de lechuga.

Una de las chicas.—¡Mira el viejo! Y usted un pimiento del casco duro.

El conquistador.—¡Eso quisiera yo!

no se llegaba sino después de una legua de camino, a través de sombríos pinares, contada desde la estación del ferrocarril.

Este caballero, que había sido marino y cuya vida anterior á la época de este relato se desconocía en absoluto, vivía tan retraído de todo trato social, que sólo admitía en su casa á una joven del pueblo inmediato llamada Maruja, y esto porque alguien había de hacer los caseros y necesarios menesteres.

Maruja era una muchacha de regular estatura, muy guapa y bien formada, detalle este último que nadie se atrevió nunca á poner en duda, y menos el caballero, pues como el clima de aquella región era sumamente benigno, la joven iba siempre ligera de ropa y bajo la poca que llevaba acusábanse con fuerza el arrogante seno, los redondos hombros y las amplias caderas, sin contar lo que

bastante, se abandonó lánguidamente entre sus brazos; y así, de las bromas pasaron á las veras, y la doncellita aprisionó al caballero en las redes de sus encantos, creyendo que estas redes se trocarían en lazos nupciales, para lo cual no vaciló en mostrarse alegre, locuaz, bondadosa, incansable y apetitosa hasta lo infinito.

Pero el caballero no se dió por aludido en las insinuaciones casamenteras de la niña, y creyendo que aquellos abandonos no tenían otro objeto que el de proporcionar á la naturaleza legítimos y dulces desahogos, dedicóse una temporada á contar á Maruja historias de naufragios y á tranquilizarla á continuación, y cuando se le acababa el repertorio y el amor, la puso en la mano una onza y la hizo comprender que aquellos arrebatos no tenían ningún más allá. Comprendiólos así Maruja, y salió de la casa iracunda y sedienta de venganza.

A los pocos días fué á servir al caballero otra muchacha, hermana cabalmente de Maruja. Era también bonita, pero de un modo más espiritual y delicado, y cada vez que su señor la dirigía la palabra, en lugar de sonreír invitando al vals como su hermana, bajaba los ojos ruborosamente, muy seria.

Impresionaron al caballero esta conducta austera y aquella hermosura fina y al parecer quebradiza, y de nuevo volvió á sentarse en la cocina y á referir á Rosaura las consabidas historias de mar. La inocente niña se apesadumbraba mucho con aquellas narraciones espeluznantes, y aunque su turbación parecía necesitar de alguna frase cariñosa que la hiciese desaparecer, es el caso que el caballero quedaba inmóvil en su sitio, contenido por la misma inocencia de Rosaura, especie de fortísimo blindaje que imponía respeto.

Como es natural, este blindaje acrecentó en el caballero la admiración que Rosaura le producía, y después de admirarla empezó á desearla; pero, como la niña no daba pie para confianza ninguna, el deseo del buen señor llevaba trazas de no satisfacerse nunca.

Una tarde no pudo contener sus ímpetus. Acercóse á Rosaura, la rodeó un brazo por la cintura y le dijo con amantísima entonación:

—Te adoro, Rosaura, y necesito que me correspondas.

Rosaura se echó á llorar.

—Déjeme, déjeme, se lo ruego...

El caballero la abrazó con fuerza, y la muchacha, valiéndose de una mano que le quedaba libre, cogió un cuchillo y amenazó con cometer un desafuero. El señor la soltó y Rosaura salió de la casa.

Pero el caballero estaba ya locamente ena-

morado de Rosaura, y tras de pasarse varios días sin comer y varias noches sin dormir tomó un día el camino del pueblo, fuese á ver á los padres de la virtuosa doncella y les pidió su mano. De allí á un mes se celebró la boda.

Y hé aquí de qué manera consiguió la es-



—Una de las cosas que más admiro en la mujer es una pierna bien modelada.

—La de todos: al principio admirarlas mucho... y luego es lo primero que echáis á un lado.

quiva con su fiereza lo que no pudo lograr la cariñosa con sus dádivas.

Sin embargo, si me diesen á escoger, me quedaría con Maruja. Por lo menos, á esa se la veía venir desde lejos.

Félix Recio.

LEA USTED EL JUEVES

¡REDENCION!...

NOVELA DE AMOR

POR JOAQUÍN DICENT

EX - VOTO

ANA tenía una gran fe en aquella Virgen colocada en la capilla con menos luz de la iglesia, ataviada con adornos antiguos olientes á telas marchitas, refriada por un venticillo secreto con olores de humedad, esa humedad de las iglesias, transpiración de una tierra con muertos y con pozos anchos y hondos... Siempre que Ana pasaba por aquella calle subía á rezarla, y siempre que necesitaba flores las compraba en su es-



- ¿Qué te parece que tomemos, Pili?
- Pues... horchata con paja...
- ¡Mira, Pili, que las pajas son muy malsanas!

quina, como si aquellas flores procedieran del jardín recóndito de la santa, ese jardín místico cultivado de nardos en primavera y otoño que toda santa parece tener y cultivar...

De pronto, Ana comenzó á ir muy á menudo. Se veía que deseaba una familiaridad mayor con la santa. Era un intento secreto y tímido. Su desnudo era demasiado liso, demasiado resbalado, sin senos, apenas un botón blanco, como una verruguita desangrada, y ella, que deseaba el amor como un sacramento, pensó pedir á la santa la gracia de unos senos.

Un día se decidió á hacer la petición más visible, ofreciéndola un ex voto.

Entró en una cerería, esa tienda aciaga,

apesadumbrada y enferma, tránsito para personas de más edad y de más relajación que ella, para madres, para abuelas y para viudas con hijos.

En el primer momento no supo pedir lo que deseaba al mancebo de la cerería, con su blusa color cera y su aspecto laso y céreo también. Miró á la trastienda y tartamudeó:

—Quiero un ex voto.

—¿Un cuerpo entero ó un solo miembro? ¿Un corazón? ¿Un brazo? ¿Una pierna? ¿Una cabeza?

—No... Quiero...—y giró la mirada alrededor—uno de éstos...—y señaló unos senos pequeños como pezoneras para enferma de los pechos.

El mancebo, con trazas de sacristán, bajó la nariz, cogió el ex voto y se lo envolvió sin chistar. Ella pidió precio y pagó. No fué excesivo. Salió con desparpajo, porque se sintió ya más mujer con esos senos envueltos y porque no pensaba volver por allí ni pasar por aquella calle, porque le parecería siempre que aquel sacristán la había visto el fondo del descote... En el camino pensó que debía haber pedido unos más grandes, porque aquéllos eran ciertamente demasiado diminutos y no aumentarían mucho el relieve de su corpiño por más que subiese el corsé y los dejase sobre su ballenaje.

—Sin embargo—pensó—la Virgen los proporcionará de otro modo... Estos que llevo no son más que un símbolo.

Y entró en la iglesia. Estaba solitaria la capilla y había un clavo vacío. Miró á todos lados, temiendo más que nada á la *sillera* que la conocía. Nadie. Desenvolvió su ex voto y lo colgó del clavo vacío con un rubor extraño, sintiendo frío en su desnudo, como si hubiera abierto su pecho y hubiese sentido en él el viento escocedor de la iglesia, ese frío que viene de abajo en las iglesias desde el resquicio de las baldosas y de las tarimas de los altares.

Se encogió, se hizo un ovillo apretado y se llenó de atriciones. Los dos senos, colgados de una cinta de seda rosa, estaban llenos de persuasión y de esperanza; parecían tener una palpitación ingenua, una blandura carnal, desangrada, paciente y virgen, sin rosa en su brote, pero sin esa rugosidad que tienen aún las niñas; perfectos senos místicos llenos de una feminidad irritante y languidescente.

Desde ese día no dejó ninguno de ir á poner flores á la santa, y pasados tres meses sus senos aparecieron admirables, duros, anchos y blancos, blancos hasta darla frío y una dentera sensual de puro blancos.

Y pasó un poco de tiempo más, y un día, llena de inquietud y de animación por sus senos irresistibles, fué seducida por un cualquiera, y desde entonces sus senos la fatalizaron. Fué su orgía admirable y ardiente; pero en su impureza, fogueado el pecho por aquellos senos, recordaba siempre sus otros dos senos de niña, virginales siempre, sin mordeduras, á salvo del pecado, colgados de una cinta de seda en la capilla de Santa Maravillas.

Ramón Gómez de la Serna.



EL MILAGRO MILAGROSO...

EN SEIS CUADROS, TODOS DEL NATURAL

CUADRO I

L señor de la Blancanieve, un anciano respetable y profundamente piadoso, conversa con su protegida, la bellísima Adina, acerca de la soledad en que viven. Es preciso que un hijo alegre su hogar, monótono y triste; pero, ¡ay!, la naturaleza les niega tan legítimos goces. Adina y su protector se aman lealmente y, sin embargo, su amor, no fructifica, es un amor estéril que se extinguirá como el sol sobre un yermo. El señor de la Blancanieve tiene una idea portentosa: hacer una peregrinación á cierto santuario célebre en la historia del milagro. El cielo no desoirá los votos de este protector infeliz y generoso, y Adina tendrá el hijo que desea. Y abrazando tiernamente á su protector, parte el señor de la Blancanieve para el famoso santuario una templada mañana de Agosto, mientras la bellísima Adina sueña ya con las nobles delicias maternas, y se ve inclinada sobre una cuna en la cual duerme el fruto... del milagro.

CUADRO II

Adina tiene admiradores. Su belleza sugestiva, firme y cada día más fozana, no ha podido pasar invertida en este valle de lá

grimas donde existen tantos corazones hirvientes de ternura, y apenas abandonó su vida de modista sensible y clorótica, por la protección del señor de la Blancanieve, se desarrolló su cuerpo y lució en sus ojos la alegría del buen mantel y el excelente ves-



Ella.—Señor guardia, se me ha echado encima sin avisarme ni nada.

tuario, amén de otros lujos, empezaron á lloverle cartas inflamables que había que coger con pinzas para no tostarse los dedos. Pero Adina es agradecida y fiel por temperamento, y no quiso amargar los últimos años de la existencia de su protector con un abandono inesperado. Sin embargo, el señor de la Blancanieve quería tener un hijo, el hijo de su amor, para dedicarle su ternura y sus riquezas, y Adina bajó la cabeza ante esta indicación providencial. Y en efecto, en cuanto el señor de la Blancanieve tomó el tren, tomó Adina la pluma y escribió, solicitando que la acompañase á cierto pintor, que si no pinta tan admirablemente como Julio Romero de Torres, no le va á la zaga en cuanto á guapeza y hechuras se refiere...

CUADRO III

El pintor es algo lírico, pero siempre práctico, lo cual hace que entre el lirismo de sus palabras y el positivismo de sus actos resulte un hombre verdaderamente encantador. Adina le confía sus más íntimos pensamientos y el pintor la consuela por lo pronto pidiendo entrar en su corazón, único sitio

donde podrá más tarde consolarla con carácter definitivo. Adina se ruboriza. Si el pintor conociera algún remedio científico, algún invento de la farmacia moderna, ella se lo agradecería infinito, le compraría todos sus cuadros... El pintor sonríe. La farmacia moderna está á la altura de la antigua respecto de posibilidad de hacer posible lo imposible... Sin embargo, solicita nuevamente entrar en el corazón de Adina lleno de esperanza.

CUADRO IV

Adina se aviene á todo con tal de hacer feliz al señor de Blancanieve, y el pintor en-



—¡Mira que si me hubiese tocado este lote en la rifa de *El Imparcial* en lugar de aquel par de servilletas de papel de seda!

tra en su corazón y en otras habitaciones de la casa, en las cuales se instala cómodamente hasta ver si encuentra el remedio más ó menos científico que Adina necesita; pero la bella dama, mujer al fin, se enamora del pintor y, al enamorarse, le revela la existencia de un producto farmacéutico de infalibles resultados: el amor. Y el amor les ilusiona durante las cinco ó seis semanas que dura la peregrinación del señor de la Blancanieve al santuario famoso.

Adina comienza ya á confiar en el viaje de su protector. ¡Qué lástima! Si á su protector se le hubiera ocurrido esta idea un año antes, ¿quién sabe?... Todavía se hacen milagros...

CUADRO V

Y hubieran seguido así toda la vida si una mañana no se hubiera presentado de improviso el señor de la Blancanieve, á quien el deseo de dar una sorpresa á su protegida le dispensaba de no haber anunciado el regreso. Adina le recibe con los brazos abiertos, un poco temblorosa, la emoción sin duda. Pero Adina es mujer afortunada, y á las pasadas horas de amor sigue esta tranquilidad del peligro conjurado y seguirán luego los goces maternos juntos con otros goces de orden económico. Aquel pintor merecía una estatua.

CUADRO VI

El señor de la Blancanieve mira á su mujer con un gesto interrogador, su eterno gesto de padre dudoso

—¿Qué?

Adina baja los ojos y se pone encarnada. El protector los alza al cielo.

—¿Será posible?

Adina no contesta, no puede contestar; la emoción la embarga. Es feliz con el contento de haber respondido á los deseos del señor de Blancanieve y esta felicidad la confunde de un modo extraordinario. Al fin balbucea:

—Sí... ya estás complacido.

El señor de Blancanieve la estrecha entre sus brazos exclamando con visible alegría y una sincera convicción de hombre piadoso:

—¡Ya sabía yo que esta peregrinación realizaría nuestros sueños!

Fernando Amado.

EL PAN DE CADA DÍA...

—¡Portera!... ¿Hace usted el favor de decirme si esa señorita que acaba de subir admite visitas?

—Sí, señor; ¿puede usted subir ahora mismo.

—¡Ah! Pero usted tiene seguridad...

—Sí, hombre, sí; ¡como que es sobrina mía!

BROMITAS CON LA MUERTE



ASI todos los españoles que venimos á París nos sorprendemos ante un lugar que al principio se nos antoja como cierto sitio que yo conozco de "visu," en el Pretil de los Consejos, allá en Madrid...

Claro que pronto comprendemos nuestro error, porque aquello tiene muy poca gracia y menor utilidad, y esto es en extremo regocijado.

Es una taberna, la *Taberna de la Nada*, según la dicen, un local siniestro sobre cuyas paredes pintadas de negro blanquean máximas fúnebres, calaveras y huesos humanos: los camareros visten el traje de los enterradores, las mesas son ataúdes; á los parroquianos, según van llegando, les entregan una velita que conservarán encendida mientras dure la representación. Cada vez que en el quicio de la puerta de la calle aparece un nuevo espectador, los camareros exclaman á coro:

—¡Hermano' mío, pues que habéis bajado á la mansión de la muerte, elegid vuestro sepulcro!

En otro salón interior se asiste al aniquilamiento de un cadáver. El público queda en la sombra: á un lado, á la terminación de un pasillo flojamente iluminado por una luz verdosa, hay un ataúd colocado verticalmente. Dentro de este ataúd se instala la persona que quiere morir; después, merced á una sencilla combinación de espejos, el cuerpo se transforma en esqueleto. En una habitación inmediata varias campanas doblan á muerto, un órgano modula acordes melancólicos, un sepulturero exhorta, con voz monótona, á la oración y al arrepentimiento.

—En eso acaban la juventud y la belleza— dice—; en la nada acabaremos todos; rezad, hermanos míos, por los que murieron...

Pues, bueno; vamos á lo que me ha hecho traer esto á las columnas de LA HOJA DE PARRA. Una noche, hace pocos días, á última hora, llegaron al *Cabaret du Néant* una mujer y dos hombres elegantemente vestidos.

Cuando penetraron en la sala de la muerte, el "maestro de ceremonias," ó "director de escena," preguntó:

—¿Quién de ustedes quiere morir?...

La mujer repuso inmediatamente, em-



—Vamos, hija, que es la una, ¡muévete!

—¡Ay!, mamá... ¿Más todavía?

pujando al más feo de los dos caballeros:

—Anda, tú.

Era el marido. Este quiso protestar.

—Pero, mujer...

Ella insistió porfiadamente, con una vehemencia que no daba lugar á réplica:

—Sí, sí; muérete tú; luego irá León.

El bondadoso esposo accedió, y desapareció por una puertecilla lateral acompañado de un individuo vestido de rojo. Los amantes aprovecharon aquella oportunidad para besarse.

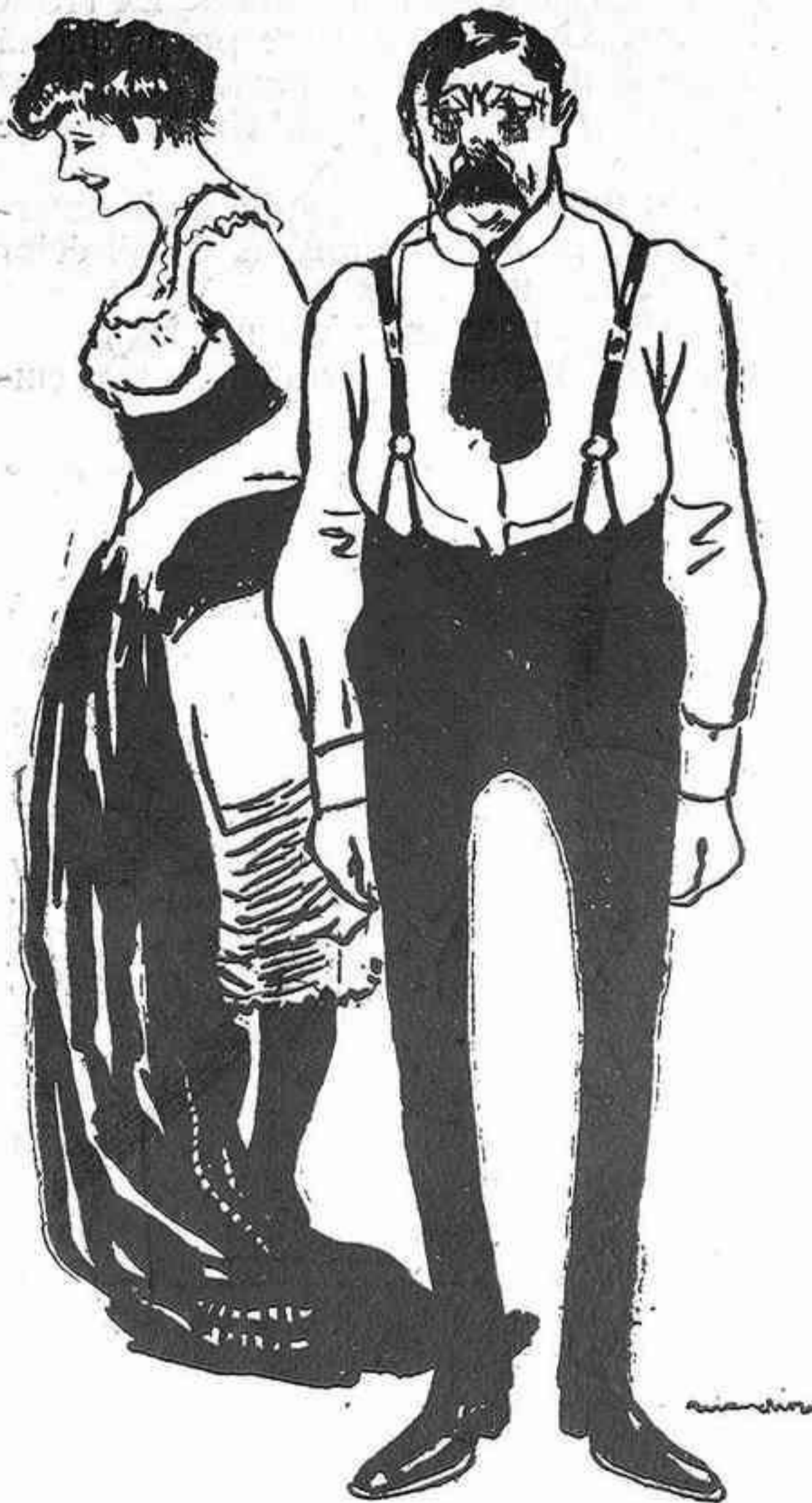
—¡Cuánto te deseo!

—Toma mi vida.

—¡Qué dulce es, bien mío!...

Los demás espectadores bromeaban unos

con otros, sin cuidarse una higa de todo aquello. El marido reapareció y fué colocado en la caja fatídica: era un individuo regorde-



—Chica; me declaro vencido.

—Ya veo que se te va toda la fuerza por la boca.

tillo y tripudo, soplado de carrillos y con los cabellos cortados al rape. *Ella* preguntó:

—¿Crees tú que puede vernos desde allí? León repuso:

—Seguramente, no; porque está en la luz. Se besaron; las cejas del esposo tuvieron un fruncimiento horrible. Vibraron las trompetas del órgano, las campanas doblaron á muerto, la voz del camarero predicador volvía á sonar lenta, melancólica, uniforme,

predicando el arrepentimiento y el miedo á la muerte.

—Vedle—decía,—hermanos míos; ya ha muerto; su carne se descompone; rezad por él...

Las facciones, efectivamente, del *paciente* iban deshaciéndose: los ojos se hundieron, aplastóse la nariz, desquijaróse la boca; al fin, todo se borró completamente... Entonces los amantes, seguros de no ser vistos, se abrazaron, besándose como palomas.

A estas demostraciones, el marido, que no les quitaba ojo, se cansó de bromitas y resucitó desde su ataúd con un grito estentóreo.

Resultado: que el pobre esposo quiso embestir á su enemigo, que abofeteó á cuantos camareros y espectadores trataron de impedirselo y que, como León tampoco era manco, hubo para todos una verdadera lluvia de palos y de coces.

¡Ah! La mujer causa de tan feroz trapatiesta, es actriz de Café-Concierto.

¿Lo véis?

*¡Jóvenes calaveras,
cuidado con las niñas horchateras!*

Julio Mata.

París, 20 de Agosto.



IDEAL

Recorta tu boá de blanca pluma,
tu busto aristocrático y risueño,
y pareces la virgen del Ensueño
surgiendo, cómo Venus, de la espuma.

La sensación erótica me abrumba
cuando alzada la falda veo el diseño
de tu nervioso pie, lindo y pequeño,
que entre los rizos de suráh se esfuma.

En tu escultura de marfil palpita
la incitante belleza de Afrodita:
eres la esencia del placer fecundo.

Y tu febril mirar voluptuoso
muestra la llama del amor fogoso
como el incendio que ilumina al mundo.

Manuel Monterrey.

CÁSATE Y VERÁS...

PASEANDO por la Concha he hallado la otra tarde á mi antigua amiga Clara Valdivielso, á quien no saludaba desde hacía mucho tiempo.

—¿Nosabe usted la gran novedad? —exclamó—. ¡Que me he casado!

En su semblante largo, huesudo, un poco

mer matrimonio le quedaron dos niños; yo le quiero, él también me quiere; pero, más que esposos, somos como dos buenos amigos que repentinamente hubiesen resuelto vivir juntos para estar menos tristes. Pedro es un hombre bueno, amable, recto como la ley y que nunca se ríe.

Lo que amarga la existencia de Clara es la convicción de que nunca podrá avasallar el alma de Pedro.

—Yo comprendo—exclamó—, que él adoró en su primera mujer; se conocieron siendo ambos muy jóvenes y juntos apuraron hasta el fondo el vaso de las locuras juveniles. Su unión duró quince años y pasión tan dilatada siempre deja en el corazón y sobre el pensamiento huellas imperecedoras. Yo, sin embargo, me atrevería á vencer todo ese pasado abrumador, si no hubiese de luchar con los hijos. Esas pobres criaturas son mis enemigos peores, los dos obstáculos que me cerrarán eternamente todos los caminos de la dicha. Uno de ellos, el menor, que se parece [mucho á su madre, gravita sobre mí como una maldición.

Caminábamos lánguidamente bajo los árboles; yo, sin levantar los ojos del suelo; ella, con la cabeza alta, el busto rígido, los brazos exánimes á lo largo del cuerpo, como una pobre alma expulsada del Paraíso.

—El espíritu de la muerta— prosiguió Clara—, habita mi hogar. Yo le veo divagar á mi alrededor, revolotear sobre todos los muebles, acostarse en mi lecho, extendiendo entre Pedro y yo una especie de lámina fría y sutil. Si cometo una falta, si descuido un guisado, si regaño á los niños, Pedro me mira secamente, casi con severidad, murmurando: "Eso, *Aquella* no lo hubiera hecho..."

La voz de mi amiga se extinguió en un sollozo, y sus ojos, habituados al llanto, se anegaron en lágrimas.

Procuré consolarla.

—Eso pasará—dije—; el presente ejerce



—Oye, Eustaquia, el señorito debe ser sonámbulo, ¿Oiste que gritos pegaba anoche en la cama?

—¡Como que tuve que tapparle la boca porque no despertase á la señorita!

pálido, brilló una gran luz; luego sus facciones recobraron su expresión habitual de resignación y de tristeza. Yo la felicité sinceramente, pues siempre me inspiraron conmisericordia intensa esas pobres solteronas, circunspectas y austeras, que ven desvanecerse con la llegada de la vejez la ilusión rosada del amor. Luego, según hablábamos, comprendí que Clara no era dichosa. Ella tiene treinta y ocho años; su marido cuarenta y tres: á esa edad, realmente, las flores mejores de la alegría y del deseo se han marchitado.

—Mi marido—dice—es viudo y de su pri-

Lea usted el jueves en **EL LIBRO POPULAR**

¡REDENCIÓN!...

por Joaquín Dicenta

20 CÉNTIMOS

sobre lo pretérito una soberanía incontrastable. Poco á poco, el recuerdo de la muerte irá amortiguándose en la memoria de Pedro, hasta quedar reducido á un perfil muy lejano, suave, borroso; y esta victoria la afianzará usted más adelante, cuando usted, á su vez, sea madre.

Clara me interrumpió:

—No lo seré nunca.

—¿Por qué?

—Pedro no quiere que tengamos hijos.

No supe qué responder: tan absurdo, tan monstruoso, tan repugnante me pareció el egoísmo de aquel hombre, que sólo había buscado en su segundo matrimonio una criada, una especie de esclava que le ayudase á conllevar los agrios enojos de la vida.

Clara concluyó:

—Tal es mi situación; á usted, que es un viejo y leal amigo, debo hablarle así. Mi ilusión de tener un amor se ha malogrado; mi anhelo, mi supremo anhelo de tener un hijo, que sería un aliado en este terrible combate de afectos, también lo he perdido. Diga usted ahora si no hay momentos en que, por culpa de los hombres, las mujeres tenemos el derecho de volvernos locas.

Rompió á llorar. Yo murmuré aludiendo al pensamiento de rebeldía y de pecado oculto en aquella frase última:

—Sí, tiene usted razón: á veces el adulterio es una venganza justa.

Jacinto Carmin.

San Sebastián, 19 de Agosto.

Buena gente

Por faltar á los compromisos que tenían adquiridos con la Empresa de LA HOJA DE PARRA, y no pagar, se ha suspendido el envío de paquetes á los corresponsales siguientes:

Trubia: Antonio Moure, farmacia.

Oviedo: Modesto Moure, kiosco de la Estación. (¡Buena familia!)

Hellín: Molina Ciego (ciego ante las cuentas que recibe pidiéndole lo que debe).

Córdoba: Esteban Haro (que cambiando de nombre y de población da el queso al que se descuida).

Recomendamos á la memoria de las demás Empresas periodísticas y editoriales á estas distinguidas personas.

APARTADO 547

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIP. DE EL LIBERAL

